Domingo 18 de Noviembre de 1877 BUENOS AIRES Año XV. — 776

NÚMERO SUELTO
3 $ m/c

Las personas que viven fuera de Buenos Aires en puntos que no tienen agentes de nuestro periódico pueden recibirlo mandando *adelantado* á esta Administracion la cantidad de fuertes 1,80 en sellos postales, precio de una suscricion por tres meses.

La Administracion.

ADMINISTRACION
TUCUMAN 143 (altos)

EL MOSQUITO

PERIODICO SEMANAL
INDEPENDIENTE, SATIRICO, BURLESCO Y DE CARICATURAS

Director propietario: ENRIQUE STEIN

SUSCRICION MENSUAL
En Buenos Aires. 12 $ m/c

En la Campaña (*trimestre adelantado*).................. 45 $ m/c
En las Provincias id. id........ 1 80 « ft.

PUNTO CENTRAL DE SUSCRICION y VENTA
Administracion del
COURRIER DE LA PLATA
202, calle San Martin, 202

Una profesion que no figura en la Guia del Comercio.

Hacia ya tres ó cuatro años que habia perdido de vista á D. Hércules Valentin Atrevido y creia que habia dejado Buenos Aires para ir á buscar fortuna á otra parte; confesaré asimismo con toda humildad que habia hecho malas suposiciones á su respecto; como habia visto pasar á su esposa, muy repuesta, buena moza, regularmente vestida y con aire satisfecho, me figuré que la habia dejado plantada con sus dos chiquillos y que por eso no estaba ella mas infeliz.

Dias pasados, al cruzar una de la calles del Sud de la ciudad, sentí que me llamaban; volví la cabeza y ví, en el umbral de una casa muy decente, á D. Hércules en traje de casa muy confortable y con un puro en la boca que me hacia señas de acercarme.

— ¿Vd. por aquí? dije cruzando la calle para ir á tenderle la mano, yo lo hacia en el otro mundo!

— ¡Muchas gracias!

— No, de veras, no pensaba que Vd. se habia muerto, pero creia que se habia expatriado y que se habia ido en busca de mejor suerte á Europa ó á California.

— ¡Qué! la verdadera California, para un hombre activo, trabajador, inteligente y de sanas ideas, está en Buenos Aires y no en otra parte.

— Ah!... ¿con que es Vd.?...

— Inteligente, activo y de sanas ideas, sí señor. ¿Vd. no lo creia porque me ha conocido ocioso, poco afecto al trabajo y bastante descuidado? Felizmente no es así; no habia encontrado mi vocacion, pero ahora, gracias á Dios!...

— Vaya! me alegro! ¿Alguna industria? una empresa productiva?

— Algo parecido. No soy mas el hombre desordenado que Vd. ha conocido; esta casa es mia, vivo aquí tranquilo con mi familia, mis hijos van al colegio, bien vestidos, decentes, con buen calzado, sin remiendos en sus vestidos, mi mujer ya no llora nunca, vivimos en paz, la trato como debe hacerlo un bueu esposo con su costilla.

— ¡Hombre! no puedo menos que felicitarle. ¿Y que es lo que ha producido ese cambio tan feliz?

— Ya le digo, he encontrado mi vocacion, y ahora me va bien ¿qué quiere amigo? He comprendido que la mision del hombre es el trabajo, la dedicacion á una tarea, el amor de los suyos, la felicidad en el hogar.

— ¡Superior! eso es hablar! vengan esos cinco, querido! Pero, dígame ¿cuál es la industria que ha producido tan radical mejora en su persona y en su posicion? cuál es la carrera que ha adoptado?

— La política.

— ¿Qué?... mande Vd.? la política?

— La política, sí señor, no hay mejor tarea para quien se dedica á ella.

— ¿Es Vd. funcionario? empleado?

— No! Dios me libre! de empleos y funciones no quiero saber nada.

— ¿Y entónces?

— Hago política activa; me ocupo de negocios generales y sobre todo de elecciones.

— Ah!... ¿de elecciones?

— Si, de elecciones, de candidaturas, de trabajos preparatorios del porvenir; en una palabra, encuentro mi ventaja en llevar mi modesta piedra al edificio de la consolidacion y del porvenir del país: de propaganda, de apostolado.

— Bravo mi amigo! ¿es decir que Vd. es.... ¿qué es Vd.?

— ¡Conciliador, mi amigo, conciliador!

— Y... ¿la adopcion de esa manera de ver le dá personalmente una situacion feliz?

— Muy soportable, á lo menos.

— No debe ser un oficio muy cansado.

— Ah! eso sí, al contrario! hay que trabajar mucho; no es oficio de haragan.

— Pero... no veo...

— Ah! ¿Vd. no vé?... pero es así; anoche he tenido una conferencia en casa, con los principales agitadores de mi partido; tal como me vé he dormido á penas dos horas en toda la noche; mi mujer nos hacia té á las tres y media de la mañana.

— Pero, eso será una vez?

— Siempre! Soy Vice-Presidente del Club de los «Amigos de la Concordia;» en esta semana he tenido que presidir tres veces el Club porque el Presidente está en viaje por negocios que interesan el partido; he pronunciado tres *speeches* preparatorios, he dirigido dos manifestaciones, he pronunciado dos discursos debajo de los balcones de nuestros prohombres, sin contar que una noche faltando el peon que debia llevar la bandera, tuve yo que alzarla personalmente y hacerla flamear con mis propias manos, y eso que en el dia habia tenido que ocuparme de buscar una música, hacer imprimir manifiestos, comprar cohetes, y estimular el celo de los remolones que no querian venir so pretexto que tenian visitas que hacer, etc., etc. Ah! no crea! es un oficio muy atareado, pero... cuando uno trabaja con gusto!...

— ¿Y no teme Vd. que algun rival le quite la pichincha?

— ¿En donde han de encontrar un hombre mas activo, mas prolijo, mas cumplidor que yo? pues, no faltaria mas que eso! Bien se guardarian de reemplazarme! Demasiado saben que despues de las pruebas de celo y de buena voluntad que he dado, mis servicios serian acogidos con entusiasmo en el partido opuesto.

— Pero Vd., bien se guardaria de abandonar las filas del partido en donde están sus convicciones para desertar al enemigo?

— Por supuesto! yo soy un hombre de convicciones arraigadas! Seria preciso, para yo cambiar de bandera, que mis correligionarios políticos se portaran muy mal conmigo; pero no hay peligro que lo hagan, demasiado entienden sus intereses.

— Pero... ¿si asi mismo lo hicieran?

— Oh! entonces sabrian quien soy yo! No soy capaz no digo de una traicion sinó de una simple indiscrecion; pero... que no me embromen y no me hagan la menor injusticia ¡caramba! entonces sí que les haria todo el mal posible; venir á quitar á un honrado padre de familia el pan que se gana con el sudor de su frente y de... sus piés, seria dar á este el derecho de vengarse del modo mas cruel.

— No seria fácil!

— ¡Qué no! No sabe Vd. que dispongo de doscientos mocetones de pelo en pecho muy capaces de hacer frente á los de Balvanera, de la Concepcion y de San Juan Evangelista, que no tienen nada de flojos? Que me pase yo al otro lado, con mi legion, y verá Vd. á donde van á parar la conciliacion y la concordia, y los besitos, y toda la jarana. Le voy á explicar mi sistema, yo...

— No, no, no me explique nada, he comprendido, poco mas ó menos; me alegro mucho para Vd. que haya por fin conseguido arreglar su vida, y me alegro sobre todo por su familia, por su señora que es una valiente y virtuosa mujer, por sus chiquitos que son una monada.

—Gracias! y ya que hablamos de eso, le diré que todos los Viérnes, excepto cuando hay alguna reunion, algun *meeting*, alguna manifestacion improvisada, reunimos en casa á algunos amigos; venga á pasar un rato, mi mujer lo volverá á ver con mucho gusto; nuestros familiares dicen que tiene un talento especial para hacer el té; unas amiguitas del barrio tocan algunas piezas de música; hay una que canta muy bien, se baila un par de polkas, por fin se pasa el rato; no deje de venir, le haré probar un vinito de Oporto que me ha regalado uno de los figurones de nuestro partido y vera Vd. que se deja beber sin reclamar.

— Puede ser... tal vez!... pero dígame, ¿la política activa dá para tanto?

— Eh!... qué quiere! dá para palitos, y algunas cositas mas!

— Hasta la vista!

— Hasta siempre! no olvide que esta es su casa.

— Convenido.

— Y... ¿dígame, no quiere Vd. que lo afilie en el club de que soy Vice-Presidente y en el cual se hace política activa?

— Ah! eso no, gracias! desde tiempo ya pertenezco á la pasiva.

Abuso é imitacion servil

La *América del Sud* está muy enojada contra la sociedad porteña; le reprocha, entre otras cosas, la manía de tomar la caridad por pretexto de diversiones.

Caridad y Diversion! qué contraste! La *América del Sud* no lo puede tragar, y á fé mia que tiene razon.

En la práctica, ese método de hacer la caridad divirtiéndose, no deja de ser ventajoso para los favorecidos, porque nuestra triste humanidad tiene mas inclinacion en bailar un rigodon que en secar una lágrima, y se halla mas satisfecha con la contemplacion de una maromera bien formada que con la expresion de agradecimiento y el besamanos de una viuda fea y andrajosa. Yo, si fuera manco de ambas piernas, cojo de ambos ojos ó tuerto de ambos brazos, y por consiguiente, reducido á la necesidad de vivir de la asistencia pública ó privada, tomaria mi desgracia con paciencia y me ocuparia mas de la cantidad de alivio recibido que del modo que se hubiera puesto en juego para proporcionármelo; y hasta preferiria un poco mas de bienestar, aun en cambio de un poco menos de simpatía. Por ejemplo, preferiria una buena sopa y un buen vaso de vino producido por un baile de caridad á donde los contribuyentes hayan ido para lucir sus mujeres ó á hacer un poco de *flirtation* con sus novias, que un mendrugo de pon duro y una cebolla cruda, el tode regado con agua clara, y debido á la sensibilidad de corazon de un changador filántropo.

Pero el censor no lo entiende así.

—¿Cómo,—exclama en su indignacion,—nuestras desgracias, nuestros azotes, nuestros flagelos serán una ocasion de regocijo? Tenemos cinco mil heridos en un combate, vamos al teatro para que puedan tener buena atencion y buenos cuidados; ¿nuestra campaña se ha inundado? organicemos un bazar de caridad en donde nuestra coquetería encontrará la ocasion de lucirse sacando hasta el último maravedí de los bolsillos de los visitantes; ¿un cuartel de artillería ha volado? vamos á ver las piernas de las gimnastas y las amazonas del circo, para que las viudas de los pobres soldados no queden sin pan; ¿una epidemia desoladora se ha declarado? vamos á bailar al campo, fuera del foco de la infeccion; el producto de estos bailes por suscricion, será destinado á los deudos y á los convalecientes.

Eso es horrible!

Si, pero eso produce bastante.

En cuanto al resultado, pues, las diversiones caritativas no son muy atacables, ni es por eso tampoco que las censura severamente.

Es por la idea, señor, por el principio de egoismo que encierra ese acto de hacer la caridad divirtiéndose, sin mérito, sin valor, sin derecho ni al agradecimiento del socorrido ni á la admiracion de los hombres justos.

Sin embargo, como en toda cosa hay que considerar el fin, el resultado, el objeto, y que desgraciadamente las diversiones producen mas que las espontáneas expansiones caritativas, me atreveria á aconsejar á la *América del Sud*, poner una sordina á su furor, y dejar hacer el bien sin preocuparse del sentimiento que lo ha producido.

Pero no me atrevo, porque creo que en la acritud que demuestra el órgano del clero para con las sociedades organizadoras de funciones caritativas hay un rencor personal, un despecho de rivalidad, uua especie de antagonismo.

Hasta ahora la Iglesia habia tenido el privilegio especial de ofrecer diversienes al público, bajo color del bien y pretexto de llenar deberes. Las pompas de la Iglesia, los adornos sagrados, los cuadros, las iluminaciones, *mise en scène*, el incienso, las imágenes, la música, las vísperas solemnes, las procesiones, las palabras inspiradas de los oradores sagrados, todo eso era privilegio del clero; las demás diversiones eran profanas y hasta culpables, pues se buscaba solo en ellas el placer de los sentidos y las aberraciones de la inteligencia, y ningun pretexto de utilidad, ninguna disculpa motivada las hacia tolerables.

Y héte aquí que las madamitas de San Vicente de Paul, de la Misericordia, de la Beneficencia, de la Caridad, de la Providencia, como serpientes que muerden el seno que las recalentó, aprovechan las lecciones que les han dado los mismos levitas para hacerles guerra y competencia y quitarles el monopolio de las diversiones toleradas y santamente motivadas.

¿Qué son las conferencias para los inundados, sinó una séria competencia á los sermones de los oradores sagrados?

¿Qué son esos conciertos en donde madres é hijas rivalizan en talento y coquetería, sinó parodias de las funciones del mes de María?

¿Qué son esas representaciones líricas, sinó la contrapartida de las misas solemnes y de las vísperas con música?

¿Y esos actores que se visten con trajes de diferentes épocas, son otra cosa que imitadores de los curas que se cubren con adornos y mantos de oropel en sus ceremonias públicas?

¿Esos adornos, esas cenefas, esos atributos con que se adornan los sitios donde tienen lugar esas fiestas profanas, so pretexto de caridad, no son imitaciones de las imágenes sagradas?

Pero en eso, por ejemplo, los organizadores de diversiones caritativas no han llegado á la fertilidad de imaginacion de los curas; no son ellos los que hubieran tenido la idea de plantar un manto de terciopelo bordado de oro y una aureola de brillantes encima del Cristo azotado y lleno de llagas; no son ellos los que hubieran tenido la idea de vestir á María, la pobre mujer del carpintero de Betlehen, con un vestido de encajes de cien mil pesos, y de reemplazar el velo de lino con que envolvia al niño Dios, con una corona de princesa llena de esmeraldas, rubies y otras piedras verdaderas ó falsas.

Apesar de eso, creo que la *América del Sud* se ha enojado, sobre todo, porque las diversiones caritativas de las sociedades filantrópicas, han sido para los curas, sus protegidos, una chocante é irritante competencia.

Embrollmambay y Tramparacayú

En casa de Don Ladino

SALTAROYOS.—¡ Patron!

DON LADINO.—¡ Déjeme en paz! vd. sabe que cuando leo el diario, no me gusta que me incomoden. ¿Le gustaria á vd. que vinieran á incomodarle cuando lee, en el diario, una cosa séria?

SALTAROYOS.—Yo nunca leo cosas sérias; yo no leo sinó diarios burlescos, que hacen reir, como *El Mosquito* y *La América del Sud.*

DON LADINO.—Pero yo tengo otros gustos y lo he dicho y le repito que no quiero que me interrumpan en mi lectura matutina.

SALTAROYOS.—Es que preguntan por vd.

DON LADINO.—Diga que he salido.

SALTAROYOS.—Es para negocios.

DON LADINO.—Si es para recibir dinero, tómelo y dé recibo en mi nombre; si es para cobrar, diga que vuelvan otro dia.

SALTAROYOS.—Es Don Roberto, el corredor de Bolsa.

DON LADINO. — ¿ Don Roberto? porqué no lo decia vd. mas pronto? Que pase adelante.

DON ROBERTO.—Buenos dias, Don Ladino.

DON LADINO.—Buenos dias, Don Roberto. ¿ Cómo vá ese valor? ¿Qué se dice de nuevo en la Bolsa?

DON ROBERTO. — Poca cosa. El ojo está en estado indeciso, se hacen pocas opejaciones, no se puede calculaj sobre bases algo lógicas, se hace poco en metálico, la especulation tantea los demás títulos; Fondos Públicos, Cédulas, Acciones del Banco Nacional.

DON LADINO.—¿Y las minas?

DON ROBERTO.—De eso pjecisamente quejia hablajle. ¿Sabe que he sabibo de una opejacion que se ha hecho á 310 poj ciento de pjemio, fueja de la Bolsa?

DON LADINO.—No lo extraño, pero esas operaciones clandestinas no me gustan; prefiero las operaciones hechas á vista de todos y en alta voz.

DON ROBERTO.—Compjendo eso, pejo sin embajgo, uno que tuvieja algunas acciones...¿Tiene vd. algunas?

DON LADINO.—Sí, pero las guardo; tengo confianza en el negocio.

DON ROBERTO.—Compjendo eso tambien, pejo miéntjas tanto, si vendia vd. la mitad de lo que tiene, le quedajía la otja mitad no solo de balde, sinó con pingue ganancia.

DON LADINO.—No, no quiero vender .... mas bien compraria.

DON ROBERTO.—¡ Ah! eso es otja cosa; si vd. tiene ya su idea fojmada, no hay que hablaj; si quieje vd. que le compje algunas acciones .....

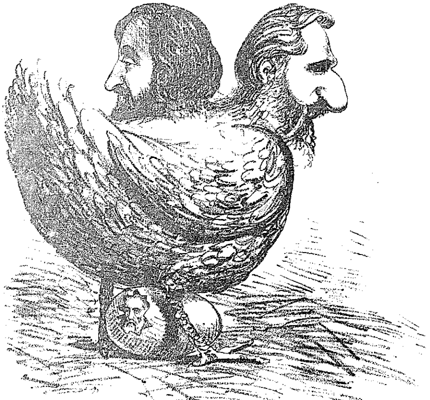
DON LADINO.—Hum! sí; una ó dos, no mas; pero quiero que sea una operacion hecha en alta voz y apuntada; yo creo que es bueno hacer conocer esos valores; esas minas han de valer un dia mil por ciento.

DON ROBERTO.—¿ De vejas? vd. cjee que hay tanto ojo como eso en esas minas?

DON LADINO.—Hay mas oro que arena en esas minas.

DON ROBERTO. — Puede sej. Entónces voy á vej si compjo dos paja vd., puede sej que las obtenga mas bajato que la última venta.

DON LADINO.—Mire, Don Roberto; no se empeñe tanto en eso y no desperdicie la ocasion de adquirirlas; es cosa buena, créame, es preciso



INCUBACION DIFICIL DE LA CONCILIACION

En vano se esfuerza la gallina bifronte para sacar pollo. Los individuos de dos sexos son estériles.

Un polluelo que no necesitó el calor de la gallina para nacer.

UNA ESCENA DE CONCILIACION

La Idea de hoy dejó de ser payador del Gobierno!

Hacen dos meses se hizo una estátua lindísima y que no tenia mas que un defecto: era hecha de hielo.

Vino el sol caliente y la pobre estátua se está fundiendo.

pagar el precio; casi tengo vergüenza de comprar esos valores inmensos tan barato.

Don Roberto. — ¿Entónces pago hasta tjescientos?

Don Ladino. — Trescientos, trescientos diez, trescientos veinte, ... enfin! vd. verá.

Don Roberto.—Muy bien. ¿Me fijma una ojdencita?

Don Ladino. —¡Por dos acciones, no merece mucho la pena!

Don Boberto.—Sí sí, poj la buena fojma, pajá justificaj mi jesponsabilidad.

Don Ladino.—Ahí la tiene.

Don Roberto.—Hasta la tajde.

II

Saltaroyos.—¡Patron!

Don Ladino. — ¿Todavía? Nunca he visto un dependiente tan bruto como vd.!

Saltaroyos.—¡Bruto! bruto!......Si hubiera una máquina para pesar la brutalidad ¿quién sabe si vd. no me ganaria?

Don Ladino.—Basta de insolencias. ¿Qué hay!

Saltaroyos.—Es Don Enrique, el corredor.

Don Ladino.—¿El corredor? que entre.

Don Enrique.—¿Qué tal? Se le ofreze algo?

Don Ladino.—Eh!.....por ahora..... nada; es decir.... tengo ahí unas acciones de Amambay y Maracayú......

Don Enrique.—Y quiere vd. aumentar su número? ¡Bien hecho! ese es un valor que vá á subir á las nubes.

Don Ladino.—¿Esa es su conviccion?

Don Enrique.—Intima.

Don Ladino.—Yo creo lo contrario; se vá á ir por el suelo, despues de ese primer delirio.

Don Enrique.—No creo.

Don Ladino.—Tanto lo creo yo que estoy decidido á vender poco á poco la mitad de las acciones que tengo. De ese modo me quedo con la mitad de balde y aun gano unos buenos pesos.

Don Enrique.—Yo creo que hace mal, pero si tal es su conviccion, déme sus órdenes, yo le venderé lo que vd. quiera.

Don Ladino.—Principiemos con prudencia; no vamos á mostrar nuestro juego. Véndame dos, no mas.

Don Enrique.—¿Dós, nada más?

Don Ladino.—Por ahora, para no despertar sospechas, pero no me las sacrifique; ¿á cómo valen ahora?

Don Enrique. —Dos cientos diez, dos cientos treinta.

Don Ladino.—Me han dicho que se han vendido ayer varias á trescientos cincuenta.

Don Enrique.—Dos, fuera de la Bolsa, á trescientos, pero fué una sorpresa.

Don Ladino.—Vea si me puede colocar dos, de trescientos arriba.

Don Enrique.—Será difícil, pero trataré, fírmeme una ordencita.

Don Ladino.—¿Por dos acciones?

Don Enrique.—Sí, por la forma, como tengo un sócio!

III.

Don Ladino. — Saltaroyos!

Saltaroyos. — Patron!

Don Ladino. — ¿Vd. decia hace un rato que yo era un bruto?

Saltaroyos.—Dispense, patron; Vd. fué quien me trató de bruto á mí.

Don Ladino.— Sea como fuere, quiero probarle que no soy tan animal como le parezco. He dado á Don Roberto la órden de comprarme dos acciones de Amambay y Maracayú.

Saltaroyos. — ¡Valiente negocio!

Don Ladino. — Y he dado á Don Enrique la órden de venderme dos. A este le he dicho de no largarlas sinó á trescientos y al otro le he autorizado á pagar trescientos si fuere preciso.

Saltaroyos. — Es decir que paga Vd. doble comision sobre una operacion nula! ¿Y es eso lo que llama habilidad?

Don Ladino. — Sí; porque con ese medio hago subir la plaza y vendo todo lo que tengo cuando alcancen á quinientos por ciento de premio.

Saltaroyos. — Tiene Vd. razon, patron; ahora conozco que no es Vd. tan necio como lo demuestra su fisonomía; hasta en eso engaña Vd. al público.

IV.

En la Bolsa.

Don Roberto.— Amambay y Majacayú, compjo....! Compjo Amambay y Majacayú y pago un pjecio bájbajo.

Don Emilio.— Vendo! Cien acciones!

Don Roberto. — ¿Pjecio?

Don Emilio.—Quinientos por ciento de premio.

Don Roberto.—Compjo una á ciento cincuenta.

Don Emilio.— Vendo cinco; te las doy á cuatrocientos.

Don Roberto. — Tomo una á doscientos.

Don Emilio. — No, dos; pero á trescientos cincuenta.

Don Roberto. — Te las tomo á doscientos cincuenta, y es buen pjecio.

Don Emilio. — Tomálas á trescientos.

Don Roberto. — Confojme, son mias! Dos Majacayú á tjescientos.

V.

En casa de Don Ladino.

Don Roberto.— He compjado las dos acciones, las he pagado á tjescientos; ahí las tiene.

Don Ladino. — Muy bien; ahí tiene un cheque de seiscientos pesos fuertes. ¿Qué tal? qué efecto ha producido la compra en la Bolsa; Se han hecho muchas operaciones? Están en suba las acciones?

Don Roberto. — Poco efecto; no se hizo nada despues.

Don Ladino. — No es posible! Vd. habrá hecho la operacion calladito; no le habrán oido.

Don Roberto. — He gjitato como un bájbajo, pejo.....

Saltaroyos. — Patron, ahí está Don Enrique que pregunta por Vd.

Don Ladino. — Ah! perdone, Don Roberto, tengo que concluir un negocio; ahí tiene su comision.

Don Roberto. — Gjacias. ¿No se le ofjece nada mas poj ahoja.

Don Ladino. — Nada. (*Sale Don Roberto*).

Don Enrique (*entrando*). — Está hecho el negocio; luego le voy á traer la plata, el corredor á quien he vendido ha ido á buscarla.

Don Ladino. —¿Ese corredor es Don Roberto?

Don Enrique. — Sí, ¿cómo lo sabe Vd.?

Don Ladino. — Me lo dijo al pasar un amigo que salia de la Bolsa.

Don Emilio. — Si quiere Vd. vender las demás, apúrese; creo que Vd. tenia razon, las acciones van á bajar.

Don Ladino. — ¿Esa operacion no ha hecho buen efecto? no se han hecho otras despnes?

Don Enrique, — Ninguna.

Don Ladino. — No importa; el precio está en la pizarra y será repetido por la prensa.

Don Enrique. — Eso no, no está en la pizarra y por consiguiente no lo repetirán los diarios.

Don Ladino. — ¿Cómo, no está en la pizarra? Lo ha hecho Vd. fuera de la rueda?

Don Enrique. — No, pero ya no se apuntan menos de diez acciones, equivalentes de mil duros.

VI.

Saltaroyos.— ¿Con qué, patron, Vd. ha pagado doble comision sin sacar provecho ni salir con la suya?

Don Ladino.— Salga de aquí! váyase á sus quehaceres.

Saltaroyos. —Está bien, patron. (*A parte*): Lo dicho, dicho; es mas bruto aun de lo que demuestra su figura.

¡Bien hecho!

Hace algunos años, monseñor Dupanloup obispo de Orleans, se habia puesto entre ceja y ceja de hacer beatificar Juana de Arc, la pobre aldeana que reanimó el coraje abatido de Cárlos VII de Francia y de sus guerreros, y rechazó á los Ingleses hasta la orilla derecha del Sena.

Se sabe que la reputacion de intachable virtud de la que llamaban la doncella, le daba un cierto mérito puesto que no era fácil resistir á toda clase de seduccion en medio del estado mayor de un rey jóven y enamorado rodeado de señores bellos y valientes como Lahire, el bello Dunois y tantos otros. Resistir á las tentaciones y domar la carne, como dicen los casuistas, en semejante medio no era poco valor y yo creo que Juana tuvo mas trabajo en vencerse á sí misma que á los ingleses.

El obispo Dupanloup tenia pues buenos motivos para pensar que saldria con la suya y que podria en su diócesis hacer edificar una iglesia bajo la invocacion de patriótica santa y plantar al rededor de la cabeza de la estátua de Juana que está en la plaza principal una aureola de hoja de lata dorada.

Pues señor, no salió con la suya.

En Roma, en donde se fabrican los santos, recibieron su proposicion no solo con frialdad sino casi con indignacion.

— Está Vd. loco? le preguntó el cardenal secretario de la comision Santificadora? Qué viene Vd. á recomendar á una malvada que fué sentenciada como bruja por un tribunal eclesiástico presidido por el venerable Cauchon, obispo de Beauvais? No sabe Vd. que fué quemada por órden de los dignos sacerdotes que la juzgaron? Juana de Arc está quemando en fuego del infierno como fué quemada en la tierra. Otra vez trate de tomar mejores informes y no venga á recomendarnos para santas á personas que mas bien estaríamos dispuestos á inscribir en la lista de los demonios.

Ese chasco de monseñor Dupanloup hubiera debido servir de leccion á los que sin saber lo que hacen, sin haber suficientemente estudiado los hechos se meten á protectores influyentes, de gusto, no mas, para probar á sus contemporáneos que pueden mucho.

Un prelado, no sé si español ó americano, poco edificado por el ejemplo de monseñor Dupanloup y que no habia sabido aprovechar la leccion, se imaginó tambien que le seria muy fácil hacer santificar á Colon.

Colon! cómo no! el descubridor de América! el que dió un nuevo mundo á la cristiandad, no era posible que por mas que quisiera mostrarse severa la mesa examinadora se atrevieran á rechazar un difunto de tanto mérito en el gremio de los bienaventurados.

Pues asi mismo lo han rechazado. Uno de los miembros de la comision de exámen ha recordado que Colon á pesar de ser muy piadoso en apariencia, no pasaba de ser un hipocriton y que debajo de su aspecto devoto y religioso escondia un ódio y un antagonismo tremendo contra el clero, que se habia negado á reconocer la supremacia de los sacerdotes y resistido á entregarles la direccion absoluta de los negocios una vez en tierra, que en Santo Domingo no solo habia criticado el sistema breve y sumario de conversion adoptado por los sacerdotes que lo habian acompañado en esa última expedicion sino que habia intentado oponerse á él y que por consiguiente no pasaba de un mequetrefe, un perillan, un soñador sin talento y que habia sido únicamente favorecido por la casualidad. Que Colon estaba probablemente en el infierno en donde convenia dejarlo, y no ir á meter á ese embrollon rompedor de huevos entre los amigos de casa.

Ese aviso improvisado y puesta á votacion la santificacion de Colon por medio de bolillas blancas y negras, el pobre ex-almirante fué rechazado por unanimidad.

Bien hecho! bien hecho para él como para Juana de Arc. ¿Porqué se metian con mas poderosos que ellos? No conocian el cuento de la olla de hierro y de la olla de barro? Que se queden sin aureola y sin título de santos.

En cuanto á mí, confieso que me hubiera parecido extraño, decir San Colon.

Me alegro que lo hayan *blackboleado*.

PICOTONES

Los diputados chilenos son tan amables con los ministros como los nuestros mismos y tal vez mas.

El Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, el señor Alfonso, habia prometido contestar el dia 13 á una interpelacion del diputado Balmaceda respecto á la cuestion de límites con la República Argentina; pero el dia fijado se halló poco dispuesto á explicarse y, segun se deduce de un telégrama publicado por *La Nacion*, rogó al interpelador se sirviera dispensarlo.

¿Está Vd. dispensado, contestó el dócil Balmaceda.

¡Ah! Balmaceda.... debonario Balmaceda, si supieras cuánto te amo!

En Chile se desarma toda la Guardia Nacional.
¿Qué dice de eso Balmaceda?
¿Porqué no interpela á Alfonso?
¿O sigue indispuesto el ministro?

La comision municipal cobra patente de posada ó inquilinato á los dueños de café, aun cuando no tengan cuartos para alquilar, y no admite pruebas al respecto.

Eso se llama......

Precisamente lector; la palabra que Vd. ha pensado es la que yo iba á escribir.

O'Nix nos ha hecho la rabona; ha dejada la Crónica Mosquitera en el fondo del tintero.

Es una accion muy negra!

Esta noche tiene lugar en la calle de Victoria, núm. 640, el baile de inauguracion del nuevo local de la sociedad francesa *La Minerva*.

Dios quiera que la diosa que preside á esa sociedad, no se muestre muy severa y deje entrar al baile á mas de Terpsícore y Euterpe, invitadas de hecho, á su colega Vénus, á lo menos hasta la aparicion de Aurora y de Diana.

El Gobierno de Córdoba, deseoso de contribuir en lo posible á la garantía de las fronteras, ha hecho edificar un templo en el fortin Sarmiento.

Con eso los indios serán rechazados, vencidos, expulsados y ex-sarmientados.

Un inglés, empleado de Crédito Público Nacional, acaba de heredar cinco millones de patacones.

Hé aquí un infeliz que no necesita mas de Crédito Público Nacional.

Mas bien precisaria el Crédito Público Nacional de su Crédito Privado Personal.

Un diario anuncia que Sarmiento vá á publicar en una carta sus ideas respecto á la conciliacion.

Me alegro mucho.

Sarmiento ha sido siempre mi guia y mi piloto.

Cada vez que ha publicado sus ideas al público y dado consejos al pueblo, me he apresurado á..... hacer todo lo contrario de lo que aconsejaba.

¡Y siempre me ha salido bien!

Buenos Aires, Noviembre 8 de 1877.

Sr. Juez de Seccion.

M. S. Bagley, como mejor proceda, digo:

Que estando concluidas de todo punto las acusaciones contra D. Manuel Vecino, D. Cayetano Tiscornia, D. Francisco Galisia y los señores Sievers y Meyer, por venta de Hesperidina no fabricada por mí, se ha de servir V. S. mandar se me expida por el actuario, un certificado de que los expresados señores han reconocido mi derecho á impedir tal venta, y se han obligado á no comprar ni vender en lo sucesivo otra Hesperidina que la fabricada por mí, á destruir cualquiera otra que aun quedase en su poder, y á satisfacer las costas judiciales.

A V. S. suplico se sirva mandar darme el certificado, con citacion fiscal.

Gomez. *M. S. Bagley.*

Buenos Aires, Noviembre 9 de 1877.

Como se pide.

Ugarriza.

En la misma fecha notifiqué al Sr. Bagley y firmo, doy fé.

Bagley. *Munita.*

En la misma fecha notifiqué al Sr. Procurador fiscal, doy fé.

Machado. *Munita.*

Es cópia.

Certifico que en el juicio que ha seguido Don M. S. Bagley contra D. Manuel Vecino, D. Cayetano Tiscornia, D. Francisco Galisia y los señores Sievers y Meyer, sobre falsificacion de una marca de fábrica, estos señores han reconocido el derecho que tiene el primero para impedir la venta de Hesperidina no fabricada por él, y se han obligado á no comprar ni vender en lo sucesivo otra Hesperidina que la fabricada por dicho señor, como asi mismo á destruir cualquier otra que aun qnedare en su poder, y á satisfacer las costas judiciales.

A solicitud del interesado y por mandato de S. S. el señor Juez Nacional, Dr. D. Andrés Ugarriza, expido el presente, que signo y firmo en Buenos Aires, á diez de Noviembre de mil ochocientos setenta y siete.

Raymundo Munita.

Imp. del Courrier de la Plata, *San Martin, 202.*

PARAGÜERÍA Y ABANIQUERÍA

DEL

PROGRESO

POR MAYOR Y MENOR

VICTORIA, 224, ESQUINA CHACABUCO

En la Paragüería y Abaniquería del **Progreso**, Victoria 224, esquina Chacabuco, hay una gran especialidad de Paraguas, Sombrillas y Abanicos por mayor y menor. Gran surtido de paraguas de seda fina, de moda, á precios muy baratos, desde $ 60, 70, 80, 90 y 100 hasta 250 cada uno. Tenemos tambien de un nuevo sistema inglés nunca visto en el país.

Al mismo tiempo tenemos el honor de avisar á las señoras y señoritas, que tenemos abanicos de nácar de Oriente finos á $ 60, 70, 80, 100, 170, 180, 200 hasta 1,250. Muy variado es el surtido de Abanicos de hueso, madera de rosa y violeta con seda fina pintados á mano, y 3,000 docenas Abanicos de la India y españoles de mucha fantasía todos.

Estos artículos se venden 20 por ciento mas barato que en cualquier otra casa. Tambien hemos recibido 1,000 Paragüitas de sol, de última moda, á $ 30, 40, 50 hasta 200 cada uno.

Nota. — La misma casa se encarga de hacer cualquier clase de composturas del ramo, por difícil que sea, con exactitud y prontitud.

Se hacen y se forran Paraguas y Paragüitas á comision, á precios módicos.

Victoria, 224, esquina Chacabuco.

BUENOS AIRES